

de 1789, asustados por el crédito cada día mayor de la prensa liberal, se dejaron arrastrar por los ultras y presentaron un proyecto de ley de prensa en la legislatura de 1827, que mejor que destinado á reprimir los excesos de la prensa diaria, parecía destinado á acabar con la prensa entera; tan duros, tan vejatorios eran los artículos de la ley; y que á la supresión de la prensa diaria se iba, esto lo reveló más tarde la Bourdonnaie contando que Villele le había dicho que con dicha ley desaparecerían todos los diarios menos tres. Para formar concepto, bastará decir que los delitos de difamación podían perseguirlos los tribunales, sin queja ni reclamación de la parte difamada.

Perier fué quien en la Cámara de los diputados demostró mayor energía contra la ley monstruosa, diciendo que era mejor suprimir todos los artículos de la ley propuesta y sustituirlos por este solo: «Queda la imprenta suprimida en Francia y se traslada á Bélgica para provecho y beneficio de los extranjeros.» Chateaubriand mismo la calificó de «obra digna de los vándalos,» y tan cierto era esto, que la Cámara de diputados recibió una petición de los libreros é impresores de París que llevaba doscientas cincuenta y dos firmas de hombres de todos los partidos, para que rechazasen la ley presentada por el gobierno destinada á sumir en la miseria á cuantos vivían de la imprenta.

A esta reclamación unióse la de la Academia francesa, á quien dió Villele el desaire incalificable, para mostrar energía, de impedir que llegase al rey, declarando al arzobispo en nombre y con autorización del mismo que no quería recibirla, y además se retiraron los empleos que disfrutaban á los académicos que á tanto se habían atrevido, cayendo entonces lo mismo Villemain, que Lacretelle, que el fiel entre los fieles, Michand, que decía amargamente á Chateaubriand «¡por qué causa nos hemos sacrificado!»

El dictamen de la comisión se presentó el día 7 de Febrero de 1829 y en el mismo día, se inscribieron para hablar contra el proyecto ciento cuatro diputados.

Royer-Collard, el más doctrinario de todos los doctrinarios, fué el que dió más duros golpes á la ley, recordando qué es lo que habían hecho los realistas, cuando veían sus ideas proscritas por la república y por el imperio. Pues lo que entonces se hizo, se repetirá ahora, decía, y la prensa clandestina, mil veces peor que la prensa pública por depravada que sea, hará más fácil el camino de la Revolución. El discurso de Royer-Collard, verdadera obra

oratoria y de gran alcance político, no hizo más que irritar al gobierno que no comprendía como en una Cámara que creía «haber encontrado,» se levantaba tan grande debate para la libertad de la prensa, la más odiosa de todas las libertades para un absolutista, así apelando éste á todos sus recursos hizo pasar la ley,—12 de Marzo,—por doscientos treinta y tres votos contra ciento treinta y cuatro.

Ahora le tocaba al gobierno ganar la batalla en la Cámara de los pares, en la Cámara representante de los intereses conservadores del país, que queriendo portarse como á tal, quiso que su comisión dictaminante, antes de dar su opinión, abriera una información pública sobre el daño que á la industria de la imprenta podía causar la ley aprobada por la Cámara de diputados. Alma de esta información fué el duque de Broglie y de su pluma salió el dictamen de la comisión, ó sea, un nuevo proyecto de ley de imprenta, que en nada se parecía ni al formulado por el gobierno, ni al votado por la Cámara de diputados, en vista de lo cual el gobierno, seguro de su derrota, retiró su desdichado proyecto el 17 de Abril.

París acogió la noticia con tanto bullicio y regocijo, que la mitad de sus casas se iluminaron por la noche, lo que imitaron las ciudades de provincias que añadieron á las luminarias, fuegos artificiales y procesiones con antorchas.

Villele había, pues, conseguido con su conducta llevar la oposición á la calle, y Chateaubriand, sin perder momento, puso una carta al rey Carlos X,—25 de Abril,—diciéndole: «que los ministros se habían encargado de enseñar á Francia que aún vivía el pueblo. Que París, durante dos veces en treinta y cuatro horas, se había sustraído á la autoridad. Que las mismas escenas se habían repetido por Francia entera, y que las facciones, no la de los republicanos, sino la de los partidarios de una monarquía ilegítima, no olvidarían el ensayo,» y como precisamente al otro día había de pasarse revista á la Guardia nacional, Chateaubriand le decía al rey que era fácil que entre los gritos de ¡viva el rey! oyera otros muy expresivos, que fué en efecto lo que medió, pues el rey fué recibido á los gritos de «¡viva la Carta!» ¡abajo los ministros!» «abajo los jesuitas!» siendo tan mentecato Carlos X que á los legionarios que de tal modo le recibieron les dijo: «que había venido para recibir homenajes y no lecciones.» Así no es de extrañar que envanecido con su autoridad, no viera ni comprendiera nada de lo que había pasado en el Campo de Marte y creyera, como se lo dijo al mariscal Oudinot, que todo

aquello no había sido más que una algarada de cuatro cabezas calientes, pero vino á poco á sacarle de su error al saber que las duquesas de Angulema y de Berry habían sido acogidas con los mismos gritos, y que la legión que tenía su cuartel en la Chaussée d'Antin, regresó al mismo al grito de ¡Abajo Villele!

Lo primero que se le acudió al monarca al comprender todo el alcance de la manifestación de aquel día, fué hacer que su gobierno acordara la disolución de la Guardia nacional, medida imprudente que había de producir un gravísimo conflicto, así se adoptó el temperamento medio de Chabrol y Frayssinous que proponían el castigo sólo de los batallones culpables, mas al llegar al Consejo Villele, que aquel día había comido fuera de su casa, hizo que se volviera sobre la proposición del rey, que fué naturalmente aceptada, saliendo el día siguiente el decreto de disolución y de reorganización de la Guardia nacional, á la cual, sin embargo, se dejaba las armas, de modo que ni siquiera al insultarla se tomaba la precaución de imposibilitarle su defensa, todo lo cual probaba la precipitación con que se había obrado y el carácter personalísimo que revelaba dicha disolución.

El efecto que todos esos sucesos causó en Francia fué extraordinario, y la agitación política era grande, lo mismo en París que en provincias, en donde despertaba de prisa y corriendo el espíritu público, sin que para calmar la irritación naciente del país, irritación concentrada que es la que produce los estallidos ó las revoluciones al explotar, se le ocurriese medio de pacificación alguno, antes al contrario, Villele, equivocándose ante aquella altiva reserva del pueblo parisién, después de haberle desafiado insultando su burguesía, no pensaba ya más que en disolver la Cámara de diputados que veía vacilar, porque los diputados conocían mejor que el gobierno la actitud del país, más como al gobierno que deseaba establecer una situación de fuerza, lo que le importaba en primer término, era asegurarse el concurso de los tribunales, y de todos el jurado era el que menos garantías le daba, pensó en su reorganización destinada á aumentar en el mismo la fuerza del elemento aristocrático, pero la Cámara de los pares, la Cámara de los aristócratas se atravesó igualmente y modificó de tal modo la ley presentada por el gobierno, que vino á convertirle en una ley de garantía ó de sinceridad electoral, por lo mismo que se proponía por el gobierno que los jurados se tomaran de las listas electorales.

Hubiera querido Villele tratar ahora á la Cámara

de los pares, como pensaba tratar á los diputados, pero los poderes absolutos son miedosos, y el rey á quien los pares amenazaban con los orleanes y con la revolución, que decían se acercaba traída por la desatentada conducta del gobierno, rehusó hacer una nueva hornada de pares, lo mismo que se negó á disolver la Cámara. Desde este momento, pues, Villele se podía dar por muerto, porque bastaba y sobraba que Carlos X mostrase recelos en seguirle para que el ministro se viera imposibilitado de caminar por el camino de las resistencias.

Sin embargo, aún Villele llegó á restablecer la censura por decreto, dos días después de haberse cerrado las cámaras, lo que tenía por consiguiente todo el carácter de un golpe de Estado, y como al salir á veranear el rey se encontrara éste rodeado de una atmósfera artificial creada por la policía, atmósfera de lisonja, de adulación, de adhesión extravagante y exagerada que le hicieron creer todavía que Villele y su gobierno enérgico y de represión, era el que convenía al país, así lejos de pensar en liberalizar la situación, pensaba en suprimir la Carta, aquella Carta que Hyde de Neuville había dicho últimamente en la Cámara de los pares que si no se la daba íntegra al pueblo, el pueblo podría darse otra. De estos proyectos liberticidas habló Carlos X al duque de Mortemart.

Desvanecido el rey por su viaje triunfal y por la acogida que le dispensaron las tropas acampadas en Saint-Omer, cuyo campo revistó, entregóse confiado á Villele, quien pudo entonces llevar á cabo su obra política, es decir, la disolución de la Cámara de diputados, y el nombramiento de veinticinco pares, pues el rey se negó á nombrar cien pares como le pedía Villele.

Convocados los colegios electorales para últimos de Noviembre de 1827, el gobierno y sus menguados gobernadores de provincia ó prefectos quedaron desde el primer momento atónitos al ver el increíble ardor con que el país se preparó desde luego para la lucha electoral, ardor tanto más vivo cuanto que el gobierno quiso sorprenderle, pues el decreto de nueva convocatoria salió el 5 de Noviembre, y las elecciones por distrito debían hacerse el 17, y las de provincias el 24 de Noviembre, perfidia que sólo sirvió para levantar contra él hasta la gente más timorata.

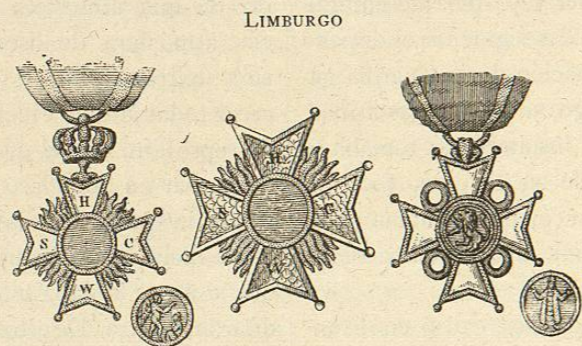
Las elecciones, dirigidas por la Sociedad *Ayúdate, que Dios te ayudará*, y en cuyo comité directivo figuraban Guizot, Duchâtel, Duvergier de la Hauranne, Remusat, Joubert y otros, y cuyas sesiones se celebraban en la redacción de *El Globo*, presentá-



banse desde el primer momento favorables á la oposición, porque por primera vez ésta se presentaba cerrada y compacta, servida ardentemente por la prensa liberal que representaba los tres cuartos de la prensa francesa, no en número de periódicos sino de suscritores, que era lo que más importaba, y como la censura la abolió Villele al disolver la Cámara, para que no se presentara su medida como un golpe de Estado, la prensa liberal reprodujo en seguida lo que antes suprimiera la censura poniéndola en ridículo, porque ejercida siempre por hombres ignorantes, no hay nada tan peregrino como las resoluciones de la censura; así recordamos que á poco de haberse restaurado la monarquía borbónica la censura nos tachó de una noticia telegráfica de la In-

dependencia, relativa al fresco de Rafael, *La disputa del Santísimo Sacramento*, la palabra *disputa* que hubo de parecerle indecorosa ó herética. A la prensa ayudaban con sus folletos Montalivet, Salvandy, Constant, y como la oposición supo escoger perfectamente bien su programa reducido á estas simples palabras del general Foy: «La Carta, toda la Carta, nada más que la Carta,» los indecisos, y los de cortos alcances fueron á agruparse al lado de la oposición, á quienes no era posible tachar ni por sus antecedentes, ni por sus declaraciones de revolucionarios. Así pues no debe extrañarnos que las elecciones fueran un desastre para el gobierno.

En efecto, mientras Royer-Collard era elegido en siete distritos, Peyronnet quedaba excluido de la



LIMBURGO

Antigua nobleza

Cámara. En París los ocho candidatos de la oposición reunieron seis mil setecientos votos, los ministeriales mil, lo cual se celebró con iluminaciones, paseos con antorchas, y como quisiera la policía disolver la manifestación popular, viéronse de nuevo aparecer las barricadas en París, junto á la iglesia de Saint-Leu, y pasaje del Grand-Cerf, barricadas de que se apoderó la policía mediante algunas descargas, de modo que estas eran las primeras que se habían oído por las calles de París á contar del 3 vendimiario del año 111.

Estos acontecimientos asustaron á muchos que se habían unido á la oposición en la elección por distritos, creyendo no hacer más que una oposición ministerial, mas como la actitud del pueblo de París les sacara de su error, se apresuraron á ponerse de lado del gobierno en las elecciones por provincias, salvando á muchos de sus candidatos fuertemente comprometidos por las elecciones de distrito, pero aún así y todo, la nueva Cámara fué antiministerial.

Tratóse, pues, tan luego se supo el resultado de las elecciones, del gobierno que debía presentarse delante de la Cámara al reunirse ésta de nuevo en

5 de Febrero de 1828, y ya son de suponer las intrigas que surgieron para acercar á unos y para alejar á otros.

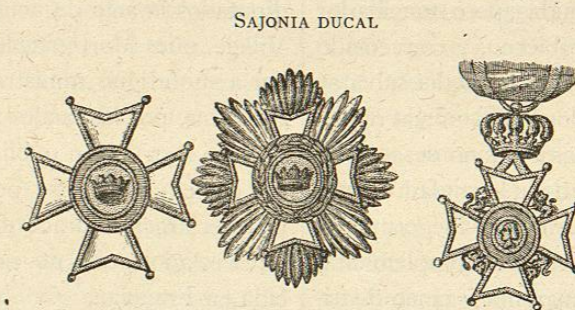
Pozzo di-Borgo, como ruso, procuraba influir para que se constituyera el gobierno bajo la base de la Ferronnays, que entró en el gobierno, pero el embajador de Francia, en Rusia, no le recomendaba más que por su prudencia, y el rey no estaba aún convencido de que lo hubiera de ser tanto. Por su parte, Villele, procuraba unirse con los antiguos amigos que le habían hecho defección, con Hyde de Neuville que fué ministro de Marina, con los de la contra-oposición, con los doctrinarios que lo que hacían era darle ministros incompatibles con él, con Martignac que capitaneaba un grupo, pero éste díjole que si él servía para ministro, quería serlo de un gobierno que naciera y no de un gobierno próximo á morir, de modo, que Villele hubo de resignarse á dejar el gobierno y á aceptar su nombramiento de par, junto con Peyronnet y Corbiere.—3 de Enero de 1828,—á lo que le obligó el rey diciéndole que los nuevos ministros le habían impuesto dicha condición al aceptar las carteras.

Martignac, llamado al gobierno, se encargó de la cartera de Gobernación y, por consiguiente, dió su nombre al gobierno. Abogado girondino de renombre, había nacido en 1776 y ejercido en su juventud el cargo de secretario al lado de Sieyes, mientras este estuvo de embajador en Berlín. Aun cuando este principio de su carrera política parecía que iba á abrirle camino durante la revolución, no fué así, y ya en 1814 se declaró Martignac realista. En 1823 acompañó al ejército francés á España como comisario civil, y Villele le asoció á su administración por su real capacidad, rectitud y honradez, todo lo cual no le constituía hombre de partido sino de trabajo y de estudio, y por consiguiente mucho menos, hombre que pudiera presidir una situación po-

lítica, porque los suyos no veían ni podían ver en él su hombre.

Elegante, dulce en su trato, amable con todo el mundo, grande y brillante orador, parecía dotado de todo lo que se necesitaba en la corte para agradar, tanto, que Carlos X le llamó un día la Pasta, nombre de la gran cantatriz que hizo las delicias de nuestros padres, pero es en la corte en donde más sueltas andan las pasiones y nadie veía como el simpático y bueno de Martignac iba á arreglárselas para dominar los ímpetus de un monarca tan puntiagudo como lo era el antiguo conde de Artois.

Martignac iba á encontrarse de otro lado con una Cámara compuesta de una izquierda irritada, y de un centro izquierdo, al cual llamaban los congregacio-



SAJONIA DUCAL

Ernestina

nistas exasperados el club de los jacobinos, club que disponía en la Cámara de ciento cincuenta á ciento setenta votos. En la derecha había los amigos de Villele, que, naturalmente, ahora se sumaban con la nueva contra-oposición, la reunión de la Bourdonnaie, que contaban reunidos tantos votos como la oposición liberal, y por último venían los hombres de la defección, reunión Augier, que con sus votos era la que debía decidir todas las cuestiones en el sentido de su gusto, llevándolos á la izquierda ó á la derecha. Ahora bien, era precisamente ese grupo, al cual podemos llamar el grupo ministerial, el grupo que tenía mayor intimidad con el gobierno, de suerte, que el gobierno, venía á ser un gobierno de minoría.

Martignac, pues, solo revelándose en el poder como un genio, podía durar, porque como la extrema izquierda no le prestaba su confianza, el centro izquierdo era por sí solo incapaz de sostenerlo, y esta situación inestable es la que había de determinar á Martignac á una situación espectante para atender las indicaciones de la Cámara, es decir, que se le creaba la más imposible de las situaciones por lo mismo que no habiendo de desautorizar nada de lo

hecho por Villele, no podía hacer su política porque no tenía fuerza, ni podía imponer al rey su política propia, porque el rey no le hubiera sufrido viéndole sin partido propio y sin arraigo en la Cámara.

Sin embargo, el nuevo gobierno no había de suicidarse para dar gusto al rey, y principió por separar de las prefecturas á los académicos destituidos cuando la reclamación de la Academia sobre la ley de imprenta de Villele, nombró una comisión encargada de revisar las leyes sobre la instrucción pública; y aún cuando en esta comisión, de nueve miembros, dió cinco á los amigos de los jesuitas, los clericales se desencadenaron contra los actos del gobierno, diciendo que principiaba declarando la guerra á la Iglesia.

Martignac había conseguido que Carlos X hablase, en su discurso del trono, un lenguaje casi liberal, y demostró que la oposición, al discutirse el mensaje, hubo de hacer resaltar el cambio de política ocurrido, condenando severamente el gobierno caído, lo que puso fuera de sí á Carlos X, quien, no comprendiendo el mecanismo constitucional, tomó para sí todo lo que la oposición dijo de Villele; de suerte,